



Angela María Jaramillo  
Psicoanalista. Docente del Departamento de Psicología. Universidad de Antioquia

## La tiranía de los ideales. La subjetividad femenina y la violencia intrafamiliar

La cultura ha construido ideales bien precisos para las mujeres, ideales como la abnegación, el servicio al otro, el disponerse a poner por encima de sus intereses el interés del otro, el centrar su vida al cuidado de los hijos, el marido y el hogar. Veremos cómo todo ello no limita su presencia al discurso social sino que además se irradia causando una acción que involucra profundamente la intimidad de las mujeres, ejerciendo sobre ellas una de las formas más subyugantes de la tiranía.

Por ello propongo como título del artículo, **La tiranía de los ideales**, aspecto profundamente comprometido en esta extraña permanencia de muchas mujeres en una situación de la que obtienen displacer y sufrimiento, hecho observado en el trabajo con mujeres que presentan dificultades para dar por terminadas relaciones de pareja en las que son maltratadas de diversas maneras.

### Marina

Marina es una mujer de mediana edad, exitosa profesional, con un cargo y salario que le otorgan continuas satisfacciones y posee independencia económica. Hace varios años decide casarse, tiene un hijo de 7 años. Acude a consulta porque se le ha vuelto insoportable la división interna que padece desde hace algún tiempo, división entre su función como madre y esposa y su hacer profesional.

Camilo, su hijo, fue profundamente deseado. Planeó su embarazo cuando estaba terminando su especialización. El nacimiento se produjo a los pocos días de graduarse. Pudo dedicarse un tiempo a sus cuidados. Cuando tenía ocho meses, Marina empieza a sentir que el hogar, el cuidado de su hijo y esposo no le proporcionaban lo suficiente para sentirse satisfecha. Decide buscarse un empleo que le permita dedicar un tiempo a su hijo. Encuentra un trabajo que aparentemente así se lo hacía posible, una actividad de orden académico de medio tiempo. Planea estar en la oficina en las mañanas y en su casa en las tardes. Las cosas funcionaron bien los primeros meses,



pero día a día su trabajo le exigía más dedicación, más tiempo, lo que ella acepta gustosa porque realmente disfruta lo que hace. Le proporciona una modalidad de gratificación que ninguna otra actividad le depara. Aunque su marido acepta que ella trabaje, empieza a dar signos de molestia cuando Marina dedica más tiempo del que inicialmente estaba previsto a las actividades laborales. Se enoja fácilmente, parece irritable, le hace reproches velados referidos al funcionamiento de la casa, al rendimiento escolar del pequeño, la mortifica cuando por alguna actividad profesional, no le es posible asistir a los actos programados en el colegio del hijo. Se suma, así, a las preocupaciones derivadas del trabajo, la angustia de sentirse una madre insuficientemente buena. A ello responde incrementando las responsabilidades que inicialmente se había asignado en el ámbito doméstico. Ahora no es suficiente con pagar una empleada que esté a cargo de la casa, la comida, la ropa, ni con asumir el costo que supone la educación de su hijo -costos, tanto el de la empleada como el de la educación del hijo- de los que ella se hace expresamente responsable en tanto siempre ha tenido la certidumbre de que son “su obligación”.

Ahora siente que además de pagar, debe compensar con angustia y preocupación excesiva el tiempo que no pasa al cuidado de la casa y del hijo. Sin importar la hora a la que llegue de la oficina, generalmente agotada, realiza una cuidadosa supervisión de todo: que la casa esté suficientemente aseada, que la comida esté en su punto, que la ropa esté bien dispuesta en su lugar, que el electrodoméstico recién reparado funcione bien, que haya suficiente mercado, que la leche no esté vinagre, que su hijo se esté alimentando adecuadamente, que haya realizado los deberes escolares, que el uniforme esté planchado y los zapatos bien lustrados, etc., etc., etc... Si bien es cierto que Marina puede pertenecer al conjunto de las mujeres llamadas hacendosas, pendiente de su hogar, marido e hijo, ella misma se muestra extrañada del exceso de preocupación que le produce en la actualidad cosas que antes no se la producían y empieza a comprender entonces que esta preocupación y angustia las implementó como una respuesta al cuestionamiento que hace su marido a sus cualidades como madre y esposa.

Esta situación ha llegado a introducir la culpa; sentimiento que antes le era ajeno. Ella misma deduce que dicha culpa se instala a partir del cuestionamiento que le hace su marido, culpa que intenta apaciguar incrementando su preocupación por el hogar hasta volverse obsesiva con ello.

Ha considerado la idea de retirarse del trabajo pero sabe que esta decisión no resolvería nada, pues la culpa se transformaría en rabia, afecto que inevitablemente alteraría de manera radical su relación con el hijo y principalmente con el marido.



Podría decir, autorizándome en la experiencia de trabajo con mujeres, que este caso no es excepcional. Cada día es mayor el número de mujeres escindidas entre su función como madre y esposa y su ejercicio laboral y profesional, escisión que se expresa como culpa, ante la que responden excediéndose en sus responsabilidades domésticas.

### Marta

Marta es una mujer casada hace 22 años. Se casó muy enamorada de un hombre que dio muestras de una peculiar agresividad desde la época de noviazgo. Era celoso, exigente, la criticaba constantemente, controlaba su tiempo y espacios, en ocasiones llegó a gritarla. A pesar de ello, sostenida por el amor que le tenía y por la esperanza de que él cambiara con la convivencia, no desiste de su propósito de casarse. Rápidamente el maltrato, en diversas modalidades, toma lugar en la escena de la relación conyugal. Para esa época Marta se siente incapaz de separarse porque supone que sin él no podría vivir. En medio de las dificultades generadas por las situaciones de maltrato y violencia que frecuentemente causaba el marido, nacen 3 hijos. Estos nacimientos operan una transformación en la justificación que aducía Marta para sostenerse en una relación profundamente displacentera. Ahora argumenta que se siente incapaz de dejar a sus hijos sin padre. Aunque ya no ama como antes a este hombre, privilegia su lugar como padre lo que la conduce al mismo resultado: no separarse. Sin embargo, se pone un plazo: cuando sus hijos se hagan adolescentes se separará. Finalmente ese plazo se cumple y Marta efectivamente lleva a cabo su decisión. Abandona el hogar no sin antes comunicarle a los hijos los motivos que la inducen a ello y el lugar en el que pueden encontrarla. A la madre, para evitar que sufriera por su intempestiva desaparición, le informa donde puede localizarla. Se va a una ciudad donde habita una familiar cercana que se muestra dispuesta a recibirla.

El marido, ante el hecho consumado, reacciona con sorpresa e ira. No estaba entre sus cálculos que Marta, una mujer aparentemente sumisa y obediente, fuera capaz de hacer semejante cosa. Insiste ante los hijos para que le informen del lugar donde se encuentra Marta y ellos se niegan rotundamente. La verdad es que en ellos se ha instalado un gran resentimiento ocasionado por las conductas violentas del padre hacia la madre. Cuando este hombre constata que de los hijos no obtendrá ninguna información, se dirige a la suegra y ella no tarda en proporcionarle la información que él le solicita. Esta mujer, ya anciana, sostiene que el deber de una mujer casada es permanecer al lado de su marido, independientemente de las circunstancias



agresivas o violentas presentes en la relación de pareja. Sostenida en esta creencia, proporciona al marido de Marta la información que le pide. Este no tarda en localizar a su esposa, suplicarle y pedirle de todas las formas que retorne al hogar, le hace todo tipo de promesas para conseguirlo. Ella se niega, aduciendo que ya no lo ama, que sus hijos ya no están pequeños. Acude, entonces a la suegra, vía que produce los efectos que por él mismo no obtuvo. La madre de Marta la visita y le presenta un argumento por el cual Marta no puede sostenerse en la decisión que ha tomado y hecho efectiva: le pide que le prometa que va a retornar a su hogar antes de que muera, le solicita que recuerde los principios que le enseñó en su infancia y juventud, principios como: el matrimonio es hasta que la muerte los separe, que es la mujer la que hace al hombre, que su deber es permanecer junto a sus hijos y marido, que el matrimonio es una cruz y que el sufrimiento en la tierra da méritos para obtener la felicidad eterna.

Aunque es indudable que Marta está familiarizada con esto que la madre le presenta como principios, lo que resulta eficaz en la argumentación que presenta la madre a su hija es la forma que le da a su pedido, el que permanezca fiel a estos principios, no por ellos mismos, sino en su nombre. Es por esta dimensión que la

madre introduce y pone de relieve en el mensaje que dirige a su hija por la que ella desiste de su decisión y retorna al hogar. Marta piensa que no podría soportar la culpa si la madre muere y ella no ha cumplido con su voluntad.

¿Cómo se puede explicar la culpa en los casos de Marina y Marta? En el caso de Marina ello se puede comprender si se reconduce la preocupación obsesiva por el cuidado del hogar, hijos y marido al momento en que ello se instala con la característica de exceso, Se encuentra que esta es su respuesta a un reproche, implícito o explícito, venido de otro, encarnado en el marido. Dicho reproche pone en tela de juicio su desempeño como madre y esposa. Algo semejante encontramos en la situación de Marta. La culpa en ella toma lugar cuando la

madre le reclama porque, a su juicio, ha faltado con el cumplimiento del deber como madre y esposa. Al parecer, la culpa es la estrategia más eficaz para asegurarse el cumplimiento del ideal culturalmente construido y socialmente promovido.

Estos casos, como muchos otros, nos enseñan que el sentimiento de culpa es la respuesta del sujeto ante un cuestionamiento venido de otro, cuestionamiento que apunta al “deber ser”, al ideal de madre y esposa al que no está respondiendo adecuadamente la mujer en cuestión.





Estos ideales, según los cuales las mujeres deben priorizar su función de madre y esposa sobre aquello que le produzca satisfacción personal, ejercen sobre ella una absoluta tiranía.

¿Por qué y cómo alcanzan dicho poder? Reflexionar sobre estos aspectos no sólo nos va a permitir comprender la raíz de la escisión que padecen tantas mujeres en la actualidad, sino que además, nos va a hacer posible iluminar una dimensión profundamente implicada en la problemática de la violencia contra las mujeres, particularmente en la llamada violencia doméstica o conyugal.

### La mujer en el discurso social

Una de las tantas dificultades de los ideales propuestos socialmente a las mujeres es que producen como resultado la exclusión de su dimensión deseante, privilegiando la función materna. Ello no significa que la maternidad en sí misma se encuentre por fuera del deseo femenino, sino que el uso que la sociedad y la cultura han hecho de la maternidad la han transformado en una función sostenida en un principio que pocas veces se explicita: **darlo todo por el otro**, fórmula en la que se condensa el sacrificio del ser, del propio deseo, de proyectos y anhelos cuando éstos no están centrados en el otro, en la satisfacción de sus necesidades y cuidados. Esta anotación nos permite comprender por qué cuando a una mujer se le señala que está conduciéndose por fuera de los ideales construidos socialmente, estalla en ella el conflicto. Freud, el creador del psicoanálisis, no desconoce la influencia que ejercen sobre las mujeres, las costumbres y concepciones que social y culturalmente se han construido en torno de ellas. En uno de los textos en los que se ocupa de este aspecto (La feminidad, tomo 22, p. 122) utiliza una expresión que me parece particularmente llamativa. Dice **domesticación** cuando da cuenta del efecto que produce el discurso social sobre las mujeres. El uso de esta noción no puede menos que inducir a una pregunta ¿Por qué las mujeres requieren ser domesticadas? ¿Qué rasgos o características las hacen peligrosas, indomables, extrañas? Es esta una dimensión atrayente cuya exploración y comprensión nos proporcionaría importantes elementos para iluminar problemáticas tan devastadoras como la legitimación que ha tenido durante siglos la violencia que se ejerce sobre las mujeres en todos los ámbitos y esferas.

El propio Freud admite que debido a la influencia que sobre las mujeres ejercen las normas sociales, ellas se esfuerzan por asumir posiciones pasivas (La feminidad, tomo 22, p. 107). La sociedad ha exaltado como ideal la pasividad, llegando a constituirse en norma social con lo que adquiere una simbolización que autoriza su



transcurrir. Quedan así las mujeres inducidas a inscribirse allí aunque en sí misma dicha posición -la pasividad- promueva y facilite diversas modalidades de sufrimiento. En torno a la pasividad se articulan actitudes como la sumisión, la dependencia, la abnegación, el sacrificio, actitudes todas ellas elevadas a la categoría de ideales. Podemos aventurar la idea de que la **domesticación** de las mujeres se efectúa imponiéndoles la pasividad, mostrándosela como su posición ideal.

### Padre y madre en la socialización de las mujeres

No son ajenos los padres a la apropiación de los ideales que se constituyen en el horizonte y marco básico del actuar, sentir y pensar de los seres humanos. Es esta una verdad reconocida y elaborada en diversos campos del saber. Vamos a ocuparnos de reflexionar las particularidades que se encuentran en este sentido en los casos de mujeres que permanecen en relaciones de pareja en las que son maltratadas.

Los hechos demuestran que existe en el vínculo madre-hija aspectos singulares. En el caso particular de las mujeres maltratadas, una de tales singularidades se expresa como hostilidad de la madre hacia la hija, hostilidad que la mujer, siendo niña y adolescente, deduce de actos, dichos, discursos, actitudes y comportamientos que la madre le dirige. Sin detenerme en ello por no constituirse en el objetivo básico de esta presentación, puedo afirmar, autorizada en los años de trabajo con estas mujeres, que dicha hostilidad desempeña una fundamental función en la permanencia de muchas mujeres en relaciones de pareja en las que son violentadas.

Otra de las singularidades presentes en la relación madre-hija y esta sí se constituye en un carácter general, es que esta última, es decir la hija, recibe de la madre una versión de la feminidad. La hija interroga a su madre acerca de lo que significa ser una mujer, de lo que debe hacer, sentir, pensar en tanto mujer. Freud precisa en este sentido que el temprano vínculo de la niña con la madre es decisivo para el futuro de la mujer porque en él se prepara la adquisición de las cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y aquellas que le harán posible la atracción del varón así como las cualidades requeridas para que asuma su propia maternidad. Tenemos así que la pequeña recibe de la propia madre un modelo que le permite posicionarse frente a la sexualidad, al amor y la maternidad. En este sentido es importante resaltar que muchas de las mujeres que permanecen en relaciones de pareja en las que son maltratadas, reciben de la madre ideales, referidos al ser mujer y madre, atravesados por el sufrimiento y el sacrificio, pero sospecho que ello no ocurre exclusivamente con ellas, sino con las mujeres en general.



Actitudes y posiciones como la sumisión, la capacidad de aguantar los excesos agresivos del otro, el no provocar discordias, la comprensión de todo lo que el otro haga y diga sin importar si con ello la ha ofendido, la tolerancia, el centrar la vida en el servicio al otro, la capacidad de perdonar las injurias e injusticias son sólo algunas de las consignas más frecuentes que muchas madres proponen a sus hijas como ideales de comportamiento y posición frente al otro, en la relación de pareja y con los hijos. A todo ello se suma una versión de la sexualidad en la que el placer está prohibido para la mujer. Muchas madres están bien dispuestas a considerar el ejercicio sexual de las hijas sólo si se pone al servicio del placer del otro, marido, o de la procreación. La transmisión de estos ideales los realiza la madre sirviéndose del discurso pero también de su propia posición frente a su pareja e hijos, posición de la cual la hija extrae como deducción un **aguántese, sométase y cállese**.

En este escenario, el sufrimiento es elevado a la categoría de ideal que es transmitido por la madre como un imperativo, se constituye en el contexto en el que muchas mujeres articulan su ser mujer, esposa, madre, amante. De ello resulta que ser mujer es equivalente a sufrir, deducción apenas lógica extraída por la hija del discurso y posición de su madre.

Desde esta perspectiva no es posible plantear una oposición entre el discurso social y la estructuración subjetiva. Ambas dimensiones encuentran un punto de intersección en el discurso materno, discurso que no sólo se encuentra alimentado y sostenido en el discurso social. Igualmente en él se hace eficaz el lugar que ocupa la hija en el deseo de la madre. Esto significa que la llamada socialización no consiste en una transmisión neutral de ideales, valores, deberes, funciones y roles porque en este proceso se implica de manera sustancial la significación que tiene la hija para la madre, la satisfacción o frustración que ha reportado su nacimiento y proceso de crianza, la complacencia o decepción que genere su presencia, su ser, sus modos, su estilo.

Podemos proponer y es una de las conclusiones que hemos extraído del trabajo con mujeres maltratadas que la posición de la madre frente a la hija, posición que básicamente se encuentra sostenida y causada por la significación que ésta tenga para la madre, marca de manera definitiva el nivel de certeza que adquieren para la mujer los ideales que la madre le proponga. Esto quiere decir que existen mujeres que pueden relativizar la idea de que el sufrimiento es el deber de las mujeres en todos los ámbitos de la vida, pero también existen aquellas para las cuales esta es una idea inamovible, una especie de roca que no pueden atravesar. La causa que produce uno u otro efecto se la encuentra en la posición que la madre asumió en la transmisión de los ideales, valores, roles, deberes y funciones particulares de las mujeres. Si la madre



lo hizo asignándoles un lugar de verdad incuestionable, difícilmente la hija se deshará de ellos; pero si la madre introduce en dicha transmisión la posibilidad de cuestionar, interrogar y relativizar dichos deberes y valores sostenidos en el sufrimiento como ideal, la hija podrá entonces cuestionarlos, interrogarlos y relativizarlos, en tanto no los coloca en la categoría de verdad incuestionable.

No vaya a suponerse que para producir uno u otro resultado es insignificante la posición del padre. Las mujeres maltratadas en la relación de pareja nos han enseñado que los padres, en este sentido, asumen posiciones diferentes. Encontramos padres que introducen la relativización del discurso materno que apunta a señalar el sufrimiento como ideal, lo que hace posible el cuestionamiento de los valores y funciones derivados de dicho discurso con lo que pierde el sufrimiento la categoría de imperativo. Pero si el padre avala este discurso materno, lo autoriza y legitima, será poco probable que la hija pueda tomar distancia de dicho discurso quedando así a merced de ideales y valores que probablemente la conducirán a situaciones y decisiones en las que dichos ideales y valores pueden encontrar su realización y sostenimiento. ¿De dónde proviene la tiranía de estos ideales? Un aspecto que a mí particularmente me ha parecido llamativo en el trabajo con mujeres maltratadas y con dificultades para llevar a cabo su decisión de abandonar a la pareja, es la aparición, casi automática, de la palabra materna referida a los ideales, ideales que, como ya se ha anotado, están referidos especialmente al ser buena madre y esposa. He aquí algunos de ellos:

“Una buena madre no deja a sus hijos sin padre”.

“El matrimonio es una cruz que hay que llevar con paciencia”.

“Aguante hija, ese es el deber de la mujer”.

“Las mujeres nacimos para sufrir”.

Estas consignas, entre muchas otras, cobran a nivel psicológico la fuerza de una mentalidad que se convierte en el soporte de una modalidad de sufrimiento al que muchas mujeres se adhieren sin importar el precio que dicha adherencia suponga, precio que en no pocas circunstancias se localiza en el ámbito del deseo. Esto significa que con el sacrificio del deseo se paga el costo que supone el permanecer fiel a una mentalidad que se soporta en el sufrimiento como ideal.

Una de las dimensiones más problemáticas de las creencias derivadas de dicha mentalidad es que son aceptadas sin previo análisis, han alcanzado el estatuto de verdad, de certezas incuestionables. La fuente de la que adquieren este estatuto, a mi juicio, es la condición biológica que permite a la mujer hacerse madre. Se llega de este modo a identificar, a confundir dos dimensiones que para nada son idénticas: mujer y





madre. De esta identificación surge como resultado el que a la mujer se le propongan ideales tomados de la función de la madre, ideales en los que se hace particular énfasis en la dimensión de sufrimiento y sacrificio a la que dicha función se le ha adscrito. Esto es particularmente evidente en la versión de la madre que nuestra cultura ostenta. Recuérdese, por ejemplo, las imágenes y frases que inundan la prensa oral y escrita, la televisión, y el cine cuando está próximo el día de la madre.

El trabajo con mujeres golpeadas y/o maltratadas nos ha enseñado que, particularmente en estos casos, el ideal ha alcanzado estatuto de ley de sufrimiento que el sujeto obedece aún cuando no está bajo la influencia directa de quien lo represente. El ideal se hace propio y en dicho estado no requiere la presencia del otro externo que exija su cumplimiento. Arribamos así a la idea según la cual el discurso social, impregnado de ideales, creencias y valores, adquiere el estatuto de instancia psíquica, desde donde el sujeto se ve compelido a ajustarse a dichos valores, creencias e ideales.

#### Ideal del yo



Si nos servimos de la teoría freudiana, podemos proponer en este contexto, que estas representaciones sociales que el sujeto acepta como normativas, sometándose a las exigencias de ellas derivadas, conforman el *ideal del yo*, instancia que ejerce una continua influencia y presión sobre el yo. El propio Lacan asevera (Formaciones del inconsciente, Seminario 5, clase 16 de marzo de 1958) que el ideal del yo tiene una singular función tipificante ligada a la asunción del tipo sexual, de las funciones masculinas y femeninas.

Tenemos así que las funciones que socialmente se adscriben a hombres y a mujeres, funciones sostenidas y justificadas en ideales y valores, se constituyen en estructura subjetiva, dan lugar al surgimiento de una función de importancia nada despreciable.

¿Cómo se efectúa la apropiación por parte del sujeto de las creencias, valores e ideales que le señalan una manera de conducirse según sea mujer u hombre? Ya hemos adelantado algo en este sentido cuando aseveramos que padre y madre, particularmente en los casos de mujeres violentadas, son quienes se ocupan de hacer una



transmisión de esta dimensión del desarrollo social. Lo que aún permanece insuficientemente explicado es a qué deben, dichos ideales, su tiranía y extremada exigencia, tiranía y exigencia que en no pocas ocasiones conducen a las mujeres a sacrificar el amor y el deseo cuando dicho sacrificio es el costo que exige la lealtad a dichos ideales. Freud en un texto al que tituló *Introducción al narcisismo*, asevera que la incitación para configurar el ideal del yo parte de la influencia de los padres, influencia a la que se suman los educadores, los maestros, el prójimo, la opinión pública.

El ideal del yo plantea al yo continuas exigencias cuyo cumplimiento es vigilado por una instancia particular: *la conciencia moral*. Se establece así un anudamiento que da por resultado la introducción de instancias psíquicas que en nada contribuyen al placer y bienestar de las mujeres en tanto exige ajustarse a ideales que están articulados al sufrimiento como mandato supremo.

Una de las dimensiones decisivas del llamado ideal de yo y particularmente de la conciencia moral, es que ésta hereda la crítica de los padres, crítica a la que se suma la crítica social. Este señalamiento nos permite deducir, que bajo la forma de conciencia moral y sirviéndose del ideal, los padres ejercen una influencia que puede ser devastadora en tanto en dicha influencia se acentúa la crítica y la vigilancia, lo que es particularmente evidente en los casos de mujeres que permanecen en relaciones de pareja violentas. En ellas se hace eficaz un *tu debes* que les es imposible eludir, un *tu debes* cuyo cumplimiento asegura el sufrimiento como consecuencia inevitable.

Muy cercano al ideal y a la conciencia moral, se encuentra, por su función de vigilancia y crítica, el *super-yo*, instancia psíquica configurada, al igual que las ya reseñadas, bajo la influencia del padre y la madre. Esta instancia debe su génesis a la introyección de los objetos originalmente amados de quienes el *super-yo* conserva, a juicio de Freud, los caracteres esenciales de estos: su poder, su severidad, su inclinación a la vigilancia y al castigo. El *super-yo* y la conciencia moral pueden volverse duros, crueles y despiadados.

Sirviéndonos de estas ideas extraídas de los desarrollos freudianos para comprender los resortes subjetivos que sostienen a muchas mujeres en relaciones de pareja en las que son maltratadas y golpeadas, podemos proponer que una dimensión del *super-yo* de estas mujeres, particularmente su conciencia moral, ha heredado la severidad de la madre que se ha materializado en la exigencia de ajustarse a ideales y valores cuyo cumplimiento implican su sufrimiento. De este modo, puede comprenderse la emergencia de la culpa como consecuencia del distanciamiento respecto a estos ideales. Aquí nos la vemos con una ley insensata, destructora, difícil de relativizar, cuestionar y modificar.



## Mentalidad y cambio

Un aspecto llamativo para algunos, enigmático y extraño para mí, aspecto que tuvo como espacio de emergencia el trabajo que realizamos con mujeres maltratadas en la relación de pareja, es la constatación de que para muchas de estas mujeres es insuficiente el conocimiento de las leyes que castigan la violencia que contra ellas se ejerce, para que hagan uso de dichas leyes. La información que se les proporciona acerca de las instancias gubernamentales creadas con el propósito de recibir y tramitar quejas y demandas por violencia intrafamiliar y conyugal, del contenido y alcance de las leyes y derechos que las protegen de la violencia y de otros actos que son considerados como delitos, de los lugares a donde pueden acudir a denunciar a funcionarios y funcionarias que han actuado de manera indebida en el momento de poner en su conocimiento una situación de violencia, no surte el efecto esperado. Una extraña resistencia se instala en ellas y rápidamente desechan la idea de acudir a una instancia gubernamental para poner en conocimiento su situación con el propósito de erradicarla o modificarla. Cuando se indaga por qué ello es así, porque no es suficiente la información y el conocimiento para hacer valer los derechos y hacer efectivas las leyes que castigan la violencia que padecen, nos encontramos con una idea que para ellas posee dignidad de certeza: ***no tienen derecho a nada bueno, no merecen nada, el sufrimiento es su destino.***

Como vemos, la conquista de derechos, la introducción de leyes que castigan los actos que degradan a las mujeres son logros nada despreciables pero no suficientes para que las mujeres se autoricen a usarlos en su beneficio. Las conquistas legales, la introducción de posibilidades antes inexistentes para las mujeres en los ámbitos laboral, académico y social no son la única condición para que ellas, por lo menos en un buen número, se sientan con el derecho de servirse de ellos obteniendo beneficios y bienestar. Parece necesario además, implementar acciones que relativicen los ideales y valores que tradicionalmente se han asignado a las mujeres, acciones que operen un distanciamiento de la transmisión que han hecho padre y madre sobre el ser mujer, amante y madre, acciones que hagan posible erradicar la idea de que el sufrimiento es un ideal, que contribuyan a la construcción de una subjetividad femenina sostenida en la certidumbre de ser sujetos de derechos y no sólo de deberes. No basta con promover transformaciones sociales, legales, laborales, académicas. Indudablemente, ello es necesario. Por dichas transformaciones una mujer como yo puede estar hoy aquí compartiendo experiencias e ideas. Pero es indispensable ir más allá. Requerimos construir condiciones que garanticen la sostenibilidad de las conquistas sociales.



Pocos quizás han logrado comprender el alcance de los medios masivos de comunicación en lo que al sostenimiento y legitimación de mentalidades se refiere. Y hago alusión a ello, porque actualmente se transmite por un canal de televisión privado de alcance nacional, una serie que ha tenido una singular acogida entre el público joven y adolescente. Me refiero a **Francisco el matemático**. No pude evitar el asombro y desconcierto ante el discurso emitido por uno de sus protagonistas, discurso sostenido en la clásica escisión que por siglos se ha hecho de la mujer, escisión que establece una clara diferencia entre la madre santa y la prostituta. Esta escisión establece que existen las mujeres dispuestas al programa de fin de semana, y aquellas dignas de ser llevadas al altar. Esta escisión finalmente conduce a seguir sosteniendo que la mujer digna es aquella que no emparenta sexualidad y placer y que son justamente las mujeres que pertenecen a esta categoría las que merecen ser esposas y madres. Recuerdo asimismo múltiples comerciales que promueven cremas mágicas que rejuvenecen instantáneamente la piel que ha conocido años y experiencias. Uno de ellos me ha parecido particularmente llamativo. Una mujer, atractiva claro, dice más o menos que las arrugas quedan estupendas en el rostro del hombre, le proporcionan un halo de interés. Pero para las mujeres están prohibidas.

Recuerdo en este contexto a la maravillosa Betty, mujer intrépida, valiente, inteligente que termina ajustada a los parámetros clásicos de la belleza y a las exigencias del amor de un hombre que ha podido pasar por encima de su dignidad y confianza. Es ingenuo suponer que los medios masivos de comunicación están exclusivamente al servicio del entretenimiento, la cultura y la información. Se han constituido en agentes que sostienen de la manera más eficaz viejas mentalidades en épocas signadas por las transformaciones.

Como vemos, nos espera un largo trabajo si realmente estamos animadas y sostenidas por el deseo de hacer de este mundo un lugar en el que exista un espacio para las mujeres, en el que puedan expandirse como sujetos sin estar a merced de imperativos que buscan domesticarlas y limitar sus posibilidades. ♦

